

MARTÍ, JOSÉ (1853-1895)

*CARTAS A MARÍA MANTILLA*

María mía:  
¿Conque Fermín  
*es queridísimo*, y yo no  
soy más que *querido*? Así  
dicen tus cartas. Yo me  
vengo de ti, queriéndome  
con todo mi corazón. Aunque  
tú y yo somos así, que  
callamos cuando más queremos  
La verdad es que no  
estoy bravo contigo.

¡Me acordé tanto  
de ti en mi enfermedad! Una  
noche tenía como encendida  
la cabeza, y hubiera deseado  
que me pusieses la mano  
en la frente. Tú estabas lejos.-

¿Te acuerdas de mí? Ya  
lo sabré a mi vuelta, por el  
ejercicio en francés de cada día,  
que hayas escrito con su  
fecha al pie, -por la música  
nueva, -por lo que me digan  
del respeto con que te has  
hecho tratar, -y por el calor  
de tu primer abrazo.

A Carmita, que me quiera,  
que se ría dos horas al día, y  
no más, y que pinte.

Tu Martí

Ernesto:

Quiere, sirve, habla  
con finura, y trabaja.

Tu Martí

María mía:

Ya no te vuelvo a  
escribir hasta que te vea, o poco antes,  
y quiero decirte adiós, para que no  
me olvides en las alegrías de  
Central Valley. ¿Ves el cerezo grande,  
el que da sombra a la casa de  
las gallinas? Pues ese soy yo,  
con tantos ojos como tiene hojas  
él, y con tantos brazos, para  
abrazarte, como él tiene ramas.  
Y todo lo que hagas, y lo que  
pienses, lo veré yo, como lo ve el  
cerezo. Tú sabes que yo soy brujo,  
y que adivino los pensamientos  
desde lejos, y soy como los vestidos  
de esas bailarinas clavadas a un  
cartón que anuncian el agua,  
que cuando hay tiempo bueno  
tienen el vestido azul, y si  
el tiempo es malo, el vestido  
es del color de un golpe,  
de morado oscuro, y si hay  
tormenta, negro. Si piensas algo  
que no me puedas decir, de  
lejos lo sentiré, por dondequiera  
que yo ande, y me pondré  
oscuro, como el vestido que  
anuncia el mal tiempo.

Por el viaje no hemos  
visto mucho nuevo. He visto  
gente mala y buena, y con la  
buena he podido más  
que la mala. He estado enfermo,  
y me atendieron muy  
bien la cubana Paulina, que  
es negra de color, y muy señora

en su alma, mi médico  
Barbarrosa, hombre de Cuba  
y de París, y hermano bueno  
del que tú conoces, -y Pancho,  
que no se separa de mi cabecera,  
y hace muy buenos discursos:  
pero todavía anda jorobado,  
y se pone el sombrero  
sobre la oreja. Y en tantas leguas  
de arena y de pinares, la  
verdad es que sólo tres cosas  
nos han llamado la atención:  
-un negro viejo de África, en  
la estación de Thomasville,  
del Estado de Georgia, donde  
no se puede beber vino ni  
cerveza: el negro lo era mucho,  
de bigote y barba de horca,  
como creo que esta el Moisés  
pintado en el Diccionario de  
Larousse (Moïse), la levita  
y el pantalón negros como  
él, el sombrero de palma, con  
las alas muy anchas, dobladas  
a los lados por el borde,  
la mano en el bastón, con una  
cuerda pasada a la muñeca,  
y la mirada como fuego,  
encendida, y larga: -y lo  
otro fue el almuerzo muerto  
de un mal hotel, con huevos  
que olían a pollo, y un *beef-steak*  
engurruñado y hediondo,  
y *hominy*, -y tres niñas  
en su traje azul, con gorros  
de campo, que venían de la  
casa de la escuela, allá en  
lo hondo del monte, por  
entre los pinos. Aquí los niños  
besan, y la gente sonrío.-  
No te me pongas áspera.

Quería, antes de  
entrar en viaje, recibir carta  
tuya, y temo que no llegue.  
A ver si piensas en mí,

que te cuido y te quiero  
tanto, cuando todos estén alegres,  
y yo no esté donde  
tú estás, -cuando está el  
cielo tranquilo, y muy lleno  
de estrellas.

Tu

Martí

Dale un beso a Patria.-  
29 de mayo

Mi María:

¿A que no  
sabes qué te llevo?  
«Cuatro danzas» lindas,  
de un señor de acá  
de México, a las cuatro  
hijas de mi amigo  
Mercado, -y una  
«Melopea», a que  
Carmita la recite al  
piano, -y dos piezas  
muy finas sobre *Ruy  
Blas* y *Carmen*.-El  
domingo me preparó  
la casa de Mercado una  
gran fiesta de música,  
para mí solo. Las tres  
hijas cantan, y una con  
voz muy pura y llena, -  
y tocan, tu rapsodia y  
tu minueto: por la noche  
fue lo hermoso, con la  
orquesta de once, de  
mandolinas, bandurrias  
y guitarras. Pero lo  
admirable aquí es el  
pudor de las mujeres,  
no como allá, que

permiten a los hombres  
un trato demasiado  
cercano y feo. Esta es  
otra vida, María  
querida. Y hablan  
con sus amigos, con  
toda la libertad necesaria;  
pero a distancia,  
como debe estar el  
gusano de la flor.  
Es muy hermoso aquí  
el decoro de las mujeres.  
Cada una, por  
su decoro, parece  
una princesa. ¡Y el  
cariño de la casa!

Acá ahora  
tengo muchas hijas.  
Son mujeres ya las  
tres hijas de Manuel  
Mercado, y para mí  
son como si fueran  
niñas. La casa parece  
una jaula de pájaros  
deshecha cuando llego.  
Me han puesto la mesa  
llena de rosas y  
nardos: me ha hecho  
cada una con sus  
manos un plato finísimo,  
de comida o de  
dulce: cada una  
me ha preparado una  
sorpresa. A mí, a  
veces, se me llena  
de lágrimas el corazón.  
-Y me pongo a  
pensar, y me pregunto  
si tu me querrás  
así, y Carmita, y  
Ernesto. -Yo todo lo que  
veo, quisiera llevárselos:  
y no puedo nada: un  
muñequito sí les llevo,  
y un amigo que las

ve por todas las  
partes. ¿Qué plato fino  
me preparas tú, hecho  
con tus manos?  
Aquí todas las  
niñas saben hacer  
platos finos. -Y yo,  
temblar de miedo, de  
que tu no me  
quieras como aquí  
me quieren. -

Tu

Martí

Athos  
febrero 2,-1895

Mi niña querida:

Tu carita  
de angustia está todavía delante  
de mí, y el dolor de tu  
último beso. Los dos seremos buenos,  
yo para merecer que me  
vuelvas a abrazar, y tú para  
que yo te vea siempre tan linda  
como te vi entonces. No tengas  
nunca miedo a sufrir. Sufrir  
bien, por algo que lo merezca, da  
juventud y hermosura. Mira a una  
mujer generosa: hasta vieja es bonita,  
y niña siempre, -que es lo  
que dicen los chinos, que sólo  
es grande el hombre que nunca  
pierde su corazón de niño: y mira  
a una mujer egoísta, que, aun  
de joven, es vieja y seca. Ni a las  
arrugas de la vejez ha de tenerse  
miedo. «Esas arrugas que tú tienes,  
madre mía» -dice algo que leí hace  
mucho tiempo -«no son las arrugas  
feas de la cólera, sino las nobles

de la tristeza.» -Quiere y sirve, mi  
María. -Así te querrán, y te querré. -  
¿Y como no te querré yo, que te llevo  
siempre a mi lado, que te busco  
cuando me siento a la mesa, que  
cuanto leo y veo te lo quiero decir,  
que no me levanto sin apoyarme  
en tu mano, ni me acuesto sin  
buscar y acariciar tu cabeza? ¿Y  
tú me olvidarás, o te distraerás  
de mí, y querrás más a quien  
te quiera menos que yo?

¿Que has hecho desde  
que te dejé? Entre niños y enfermos  
y las primeras visitas habrás  
tenido poco tiempo en los  
primeros días; pero ya estarás  
tranquila, cuidando mucho a tu madre  
tan buena, y tratando de valer tanto  
como quien más valga, que es cosa  
que en la mayor pobreza se puede  
obtener, con la receta que yo tengo  
para todo, que es saber más que los  
demás, vivir humildemente, y tener  
la compasión y la paciencia que los  
demás no tienen. -A mi vuelta sabré  
si me has querido, por la música  
útil y fina que hayas aprendido  
para entonces: música que  
exprese y sienta, no hueca y aparatosa:  
música en que se vea un  
pueblo, o todo un hombre, y hombre  
nuevo y superior. Para la gente común,  
su poco de música común,  
porque es un pecado en este  
mundo tener la cabeza un poco  
más alta que la de los demás,  
y hay que hablar la lengua de  
todos, aunque sea ruin, para que  
no hagan pagar demasiado cara  
la superioridad. -Pero para uno,  
en su interior, en la libertad de  
su casa, lo puro y lo alto. -

Los libros, se habrán que  
dado en Central Valley, y yo lo he  
de sentir, sobre todo si se quedo allá

el Larousse, que ahora te serviría  
en un trabajo de cariño que  
quiero que hagas, para ver si te  
acuerdas de mí, -y es que vayas  
haciendo como una historia de  
mi viaje, a modo de diccionario,  
con la explicación de los nombres  
curiosos de este viaje mío. -*Atlas*,  
por ejemplo, es el nombre de la compañía  
de estos vapores: busca *Atlas*,  
y escribe lo que encuentres. -*Athos*,  
es el nombre del vapor: busca  
*Athos*. -*Cap Haitien*, es el lugar a  
donde vamos ahora, -búscalo, en el  
Larousse y en las geografías. Y así  
harás un libro curioso e irías pensando  
en mí. -El Larousse esta en  
casa de Gonzalo, y Blanche tiene un  
buen libro de Mitología, donde puedes  
leer de Atlas y Athos: «Goldfinch»  
es el autor del libro, o cosa así,  
con láminas.-De *Cap Haitien* habla mucho  
una geografía de las Antillas que tenemos,  
pero está en Central Valley. -Tú hallarás. -No  
se sabe bien sino lo que se descubre.

Y ahora un abrazo muy  
largo, para que te duermas con él.-Visita  
en nombre mío a Aurora, y al *bebito*  
y díles que es leal mi corazón. Estarás  
hecha una madre, con los hijos de  
Luis. -Es lo que me gusta más de ti:  
que te quieren los niños. -Pero nadie  
te quiere más, ni desea más verte y oírte  
que tu

Martí

Mi María:

¿Y cómo me doblo  
yo, y me encojo bien, y  
voy dentro de esta carta,  
a darte un abrazo? ¿Y cómo  
te digo esta manera de  
pensarte, de todos los



momentos, muy fina y penosa,  
que me despierta y  
que me acuesta, y cada  
vez te ve con más ternura  
y luz? No habrá quien más  
te quiera; y sólo debes querer  
más que a mí a quien  
te quiera más que yo.

¿A que de París,  
de ese París que veremos  
un día juntos, cuando los  
hombres me hayan  
maltratado, y yo te lleve a ver  
mundo antes de que entres  
en los peligros de él, -  
a que de París vas a  
recibir un gran recuerdo  
mío, por mano de un  
amigo generoso de  
Cabo Haitiano, del  
padre de Rosa Dellundé?  
Yo voy sembrándote, por  
dondequiera que voy,  
para que te sea  
amiga la vida. Tú,  
cada vez que veas  
la noche oscura,  
o el sol nublado,  
piensa en mí.

En mi nombre  
visita a Benjamincito,  
y a Aurora, y a Mercedes,  
a quien escribiré antes  
de salir de aquí, y ve  
con ella a llevarle flores  
a mi pobrecita Patria.  
Que tu madre sienta todos  
los días el calor de tus  
brazos. Que no hagas  
nunca nada que me  
dé tristeza, o yo no  
quisiera que tú hicieses.  
Que te respeten todos,  
por decorosa y estudiosa.

Que entiendas cuánto,  
cuánto te quiere

tu

Martí

Y ¿esa oreja de mi leal Ernesto?  
Le mando un beso, allí  
donde se le heló, tú se lo  
das.-

Maricusa mía:

¿Cuántos días  
hace ya que no te acuerdas  
de mí? Yo te necesito  
más, mientras menos  
te veo. Anoche, a las cuatro  
de la madrugada, estaba  
en el *batey*, como aquí  
llaman al patio de las  
casas de campo, al claro  
desyerbado que rodea la  
casa de vivienda: en el  
cielo, de un azul que parecía  
vivo, estaban encendidas  
las estrellas: la  
luna recortada, y como  
de un fuego suave,  
iluminaba de arriba un  
mazo de palmas: las  
hojas de las palmeras se  
mecían suavemente, en  
el claro silencio: yo  
pensaba en ti. -Y cuando  
el día antes había pasado  
por el camino, lleno todo,  
a un lado y otro, de  
árboles frutales, de cocos  
y mangos, de caimitos y  
mameyes, de aguacates  
y naranjos, pensaba en Vds,  
y en tenerlas conmigo, para

sentarlas en la yerba, y  
llenarles la falda de  
frutas. -Estás lejos,  
entusiasmada con los héroes  
de colorín del teatro, y  
olvidada de nosotros, los  
héroes verdaderos de la  
vida, los que padecemos  
por los demás, y queremos  
que los hombres sean mejores  
de lo que son. Malo es  
vestir de saco viejo, y de  
sombbrero de castor:  
cualquier tenor bribón, con un  
do en la garganta, le  
ocupa los pensamientos a  
una señorita, con tal  
que lleve calzas lilas  
y jubón azul, y sombrero de  
plumas. -Ya ves que estoy  
celoso, y que me tienes  
que contentar. Es que  
por el aire, que lleva  
y trae almas, no me  
han llegado las cartas  
que esperaba recibir  
de ti. -Le hablé de ti  
en el camino a una  
guajirita que sabe leer  
letra de pluma: a una  
huérfana de nueve  
años:-ahora le llevo de  
regalo un libro: se lo  
llevo en tu nombre. -  
Haz tú como yo: haz  
algo bueno cada día  
en nombre mío. -Visita  
a Aurora, y a mi gran  
*baby*. -Y no le dejes solo  
el pensamiento a tu mamá.  
Rodéala y cuídala. -Un beso  
triste de tu

José Martí

## MI MARÍA Y MI CARMITA:

Salgo de pronto a un  
largo viaje, sin pluma  
ni tinta, ni modo de  
escribir en mucho tiempo.

Las abrazo, las abrazo  
muchas veces sobre mi  
corazón. Una carta he  
de recibir siempre de  
Vds, y es la noticia,  
que me traerán el sol  
y las estrellas, de que  
no amarán en este  
mundo sino lo que  
merezca amor, -de que se  
me conservan generosas  
y sencillas, -de que jamás  
tendrán de amigo a  
quien no las iguale  
en mérito y pureza. -

Y ¿en qué pienso ahora,  
cuando las tengo así  
abrazadas? En que  
este verano tengan  
muchas flores: en  
que en el invierno  
pongan, las dos juntas,  
una escuela: una  
escuela para diez  
niñas, a seis pesos,  
con piano y español,  
de nueve a una:  
y me las respetarán,  
y tendrá pan la casa.

Mis niñas ¿me quieren?

-Y mi honrado

Ernesto. -Hasta luego.

Pongan la escuela.

No tengo qué  
mandarles -más que los  
brazos. Y un gran  
beso de su

Martí

25 Marzo. -

## A MI MARÍA

Y mi hijita ¿qué hace, allá en el Norte, tan lejos? ¿Piensa en la verdad del mundo, en saber, en querer, -en saber para poder querer, -querer con la voluntad, y querer con el cariño? ¿Se sienta, amorosa, junto a su madre triste? ¿Se prepara a la vida, al trabajo virtuoso e independiente de la vida, para ser igual o superior a los que vengan luego, cuando sea mujer, a hablarle de amores, -a llevársela a lo desconocido, o a la desgracia, con el engaño de unas cuantas palabras simpáticas, o de una figura simpática? ¿Piensa en el trabajo, libre y virtuoso, para que la deseen los hombres buenos, para que la respeten los malos, y para no tener que vender la libertad de su corazón y su hermosura por la mesa y por el vestido? Eso es lo que las mujeres esclavas, -esclavas por su ignorancia y su incapacidad de valerse, -llaman en el mundo «amor». Es grande, amor; pero no es eso. Yo *amo* a mi hijita. Quien no la ame así, no la ama. Amor es delicadeza, esperanza fina, merecimiento, y respeto. -¿En qué piensa mi hijita? ¿Piensa en mí?

Aquí estoy, en Cabo Haitiano; cuando no debía estar

aquí. Creí no tener modo de  
escribirte en mucho tiempo,  
y te estoy escribiendo. Hoy  
vuelvo a viajar, y te estoy otra  
vez diciendo adiós. Cuando  
alguien me es bueno, y bueno  
a Cuba, le enseño tu retrato.  
Mi anhelo es que vivan muy juntas,  
su madre y ustedes, y que pases  
por la vida pura y buena.  
Espérame, mientras sepas que yo viva.  
Conocerás el mundo, antes de darte  
a él. Elévate, pensando y trabajando.  
¿Quieres ver como pienso en ti -  
en ti y en Carmita? Todo me es  
razón de hablar de ti, el piano  
que oigo, el libro que veo, el  
periódico que llega. Aquí te  
mando en una hoja verde,  
el anuncio del periódico francés  
a que te suscribió Dellundé.  
El *Harper's Young People* no lo  
leíste, pero no era culpa tuya,  
sino del periódico, que traía  
cosas muy inventadas, que no  
se sienten ni se ven, y más  
palabras de las precisas. Este  
*Petit français* es claro y útil.  
Léelo, y luego enseñarás. En  
señar, es crecer. -Y por el  
correo te mando dos libros, y  
con ellos una tarea, que harás, si  
me quieres; y no harás, si no  
me quieres. -Así, cuando esté  
en pena, sentiré como una mano  
en el hombro, o como un cariño  
en la frente, o como las sonrisas  
con que me entendías y  
consolabas; --y será que estás  
trabajando en la tarea, pensando  
en mí.

Un libro es «*L'Histoire  
Générale*», un libro muy corto, donde  
está muy bien contada, y en lenguaje  
fácil y limpio, toda la historia

del mundo, desde los tiempos más viejos, hasta lo que piensan e inventan hoy los hombres. Son 180 sus páginas: yo quiero que tú traduzcas, en invierno o en verano, una página por día; pero traducida de modo que la entiendas, y de que la puedan entender los demás, porque mi deseo es que este libro de historia quede puesto por ti en buen español, de manera que se pueda imprimir, como libro de vender, a la vez que te sirva, a Carmita y a ti, para entender, entero y corto el movimiento del mundo, y poderlo enseñar. Tendrás, pues, que traducir el texto todo, con el resumen que va al fin de cada capítulo, y las preguntas que están al pie de cada página; pero como éstas son para ayudar al que lee a recordar lo que ha leído; y ayudar al maestro a preguntar, tú las traducirás de modo que al pie de cada página escrita sólo vayan las preguntas que corresponden a esa página. El resumen lo traduces al acabar cada capítulo. - La traducción ha de ser natural, para que parezca como si el libro hubiese sido escrito en la lengua a que lo traduces, -que en eso se conocen las buenas traducciones. En francés hay muchas palabras que no son necesarias en español. Se dice, -tú sabes- *il est*, cuando no hay *él* ninguno; sino para acompañar a *es*, porque en francés el verbo no va solo: y en español, la repetición de

esas palabras de persona,-del  
yo y él y nosotros y ellos, -delante  
del verbo, ni es necesaria  
ni es graciosa. Es bueno que  
al mismo tiempo que  
traduzcas, -aunque no por su  
puesto a la misma  
hora, -leas un libro escrito  
en castellano útil y  
sencillo, para que tengas en  
el oído y en el pensamiento  
la lengua en que escribes.  
Yo no recuerdo, entre los que  
tú puedes tener a mano,  
ningún libro escrito en este  
español simple y puro. Yo quise  
escribir así en *La Edad de Oro*;  
para que los niños me  
entendiesen, y el lenguaje  
tuviera sentido y música.  
Tal vez debas leer, mientras  
estes traduciendo, *La Edad de  
Oro*. -El francés de «*L'Histoire  
Générale*» es conciso y directo,  
como yo quiero que sea el  
castellano de tu traducción;  
de modo que debes imitarlo  
al traducir, y procurar usar  
sus mismas palabras, excepto  
cuando el *modo de  
decir francés*, cuando la *frase  
francesa*, sea diferente  
en castellano. -Tengo, por  
ejemplo, en la página 19,  
en el párrafo nº 6, esta  
frase delante de mí:  
«*Les Grecs ont les premiers cherché  
a se rendre compte des choses  
du monde*». -Por supuesto que  
no puedo traducir la frase así,  
palabra por palabra: -«Los Griegos  
han los primeros buscado a darse  
cuenta de las cosas del mundo», -  
porque eso no tiene sentido en  
español. Yo traduciría: «Los  
griegos fueron los primeros que



trataron de entender las cosas  
del mundo.» Si digo: «Los griegos  
han tratado los primeros», diré  
mal, porque no es español eso.  
Si sigo diciendo: «de darse  
cuenta», digo mal también, por  
que eso tampoco es español.  
Ve, pues, el cuidado con que  
hay que traducir, para que  
la traducción pueda  
entenderse y resulte elegante,  
y para que el libro no  
quede, como tantos libros  
traducidos, en la misma  
lengua extraña en que estaba.  
-Y el libro te entretendrá, sobre  
todo cuando llegues a los  
tiempos en que vivieron  
los personajes de que hablan  
los versos y las óperas. Es  
imposible entender una  
ópera bien, -o la romanza de  
Hildegonda, por ejemplo, -si  
no se conocen los sucesos de  
la historia que la ópera  
cuenta, y si no se sabe  
quién es Hildegonda, y dónde  
y cuándo vivió, y qué  
hizo. -Tu música no es así,  
mi María; sino la música  
que entiende y siente.  
-Estudia, mi María; -trabaja,  
-y esperame.

Y cuando tengas bien  
traducida «*L'Histoire Générale*»,  
en letra clara, a renglones iguales  
y páginas de buen margen,  
nobles y limpias ¿cómo no  
habrá quien imprima; -y  
venda para ti, venda para  
tu casa, -este texto claro  
y completo de la historia del  
hombre, mejor, y más  
atractivo y ameno, que todos los  
libros de enseñar historia

que hay en castellano?

La página al día, pues:  
mi hijita querida. Aprende  
de mí. Tengo la vida a un  
lado de la mesa, y la muerte  
a otro, y un pueblo a las  
espaldas: -y ve cuántas  
páginas te escribo.

El otro libro es para  
leer y enseñar: es un libro  
de 300 paginas, ayudado  
de dibujos, en que está, María  
mía, lo mejor -y todo lo cierto  
de lo que se sabe de la  
naturaleza ahora. Ya tú leíste,  
o Carmita leyó antes que tú,  
las *Cartillas* de Appleton. Pues  
este libro es mucho mejor, -  
más corto, más alegre, más  
lleno, de lenguaje más claro,  
escrito todo como que se lo  
ve. Lee el último capítulo, *La  
Physiologie Végétale*, -la vida  
de las plantas, y verás que  
historia tan poética y tan interesante.  
Yo la leo, y la vuelvo a leer, y siempre  
me parece nueva. Leo pocos versos,  
porque casi todos son artificiales o  
exagerados, y dicen en lengua  
forzada falsos sentimientos, o  
sentimientos sin fuerza ni honradez, mal  
copiados de los que los sintieron de  
verdad. Donde yo encuentro poesía  
mayor es en los libros de ciencia,  
en la vida del mundo, en el orden del  
mundo, en el fondo del mar, en la  
verdad y música del árbol, y su fuerza  
y amores, en lo alto del cielo, con  
sus familias de estrellas, -y en la  
unidad del universo, que encierra  
tantas cosas diferentes, y es todo uno, y  
reposa en la luz de la noche del  
trabajo productivo del día. Es hermoso,  
asomarse a un colgadizo, y ver vivir  
al mundo: verlo nacer, crecer,

cambiar, mejorar, y aprender en esa majestad continua el gusto de la verdad, y el desden de la riqueza y la soberbia a que se sacrifica, y lo sacrifica todo, la gente inferior e inútil. Es como la elegancia, mi María, que está en el buen gusto, y no en el costo. La elegancia del vestido, -la grande y verdadera, -está en la altivez y fortaleza del alma. Un alma honrada, inteligente y libre, da al cuerpo más elegancia, y mas poderío a la mujer, que las modas más ricas de las tiendas. Mucha tienda, poca alma. Quien tiene mucho adentro, necesita poco afuera. Quien lleva mucho afuera, tiene poco adentro, y quiere disimular lo poco. Quien siente su belleza, la belleza interior, no busca afuera belleza prestada: se sabe hermosa, y la belleza echa luz. Procurará mostrarse alegre, y agradable a los ojos, porque es deber humano causar placer en vez de pena, y quien conoce la belleza la respeta y cuida en los demás y en sí. Pero no pondrá en un jarrón de China un jazmín: pondrá el jazmín, solo y ligero, en un cristal de agua clara. Esa es la elegancia verdadera: que el vaso no sea más que la flor. -Y esa naturalidad, y verdadero modo de vivir, con piedad para los vanos y pomposos, se aprende con encanto en la historia de las criaturas de la tierra. -Lean tú y Carmita el libro de Paul Bert: a los dos o tres meses, vuelvan a leerlo; léanlo otra vez, y ténganlo cerca siempre, para una página u otra, en las horas perdidas. Así sí serán maestras, contando esos cuentos verdaderos a sus discípulas, en vez de tanto quebrado

y tanto decimal, y tanto nombre  
inútil de cabo y de río, que se  
ha de enseñar sobre el mapa  
como de casualidad, para ir  
a buscar el país de que se  
cuenta el cuento, o -donde vivió  
el hombre de que habla la  
historia. -Y cuentas, pocas, sobre  
la pizarra, y no todos los días.  
Que las discípulas amen la  
escuela, y aprendan en ella cosas  
agradables y útiles.

Porque ya yo las veo este invierno,  
a ti y a Carmita, sentadas en su  
escuela, de 9 a 1 del día, trabajando las  
dos a la vez, si las niñas son de  
edades desiguales, y hay que hacer  
dos grupos, o trabajando una  
después de otra, con una clase igual  
para todas. Tú podrías enseñar piano  
y lectura, y español tal vez, después  
de leerlo un poco más; -y Carmita  
una clase nueva de deletreo y  
composición a la vez, que sería la  
clase de gramática, enseñada toda  
en las pizarras, al dictado, y  
luego escribiendo lo dictado en el  
pizarrón, vigilando porque las  
niñas corrijan sus errores, -y una  
clase de geografía, que fuese  
más geografía física que de  
nombres, enseñando como está  
hecha la tierra, y lo que  
alrededor la ayuda a ser, y de la  
otra geografía, las grandes  
divisiones, y esas bien, sin mucha  
menudencia, ni demasiados de  
talles yankees, -y una clase  
de ciencias, que sería una  
conversación de Carmita, como un  
cuento de veras, en el orden en  
que está el libro de Paul Bert,  
si puede entenderlo bien ya, y  
si no, en el que mejor pueda  
idear, con lo que sabe de las

cartillas, y la ayuda de lo que  
en Paul Bert entienda, y astronomía. Para esa  
clase le ayudarían mucho un libro  
de Arabella Buckley, que se  
llama «*The Fairy-Land of Science*»,  
y los libros de Johri Lubbock, y  
sobre todo dos, «*Fruits, Flowers and  
Leaves*», y «*Ants, Bees, and Wasps*».  
Imagínate a Carmita contando  
a las niñas las amistades de  
las abejas y las flores, y las  
coqueterías de la flor con la abeja,  
y la inteligencia de las hojas,  
que duermen y quieren y se  
defienden, y las visitas y los viajes de las estrellas,  
y las casas de las  
hormigas. Libros pocos, y continuo  
hablar. -Para historia, tal vez  
sean aún muy nuevas las  
niñas. Y el viernes, una clase  
de muñecas, -de cortar y coser  
trajes para muñecas, y repaso  
de música, y clase larga de  
escritura, y una clase de  
dibujo. -Principien con dos, con  
tres, con cuatro niñas. Las demás  
vendrán. En cuanto sepan de esa  
escuela alegre y útil, y en inglés,  
los que tengan en otra escuela  
hijos, se los mandan allí: y si  
son de nuestra gente, les enseñan  
para más halago, en una clase  
de lectura explicada - /explicando  
el sentido de las palabras/-  
el español: no más  
gramática que esa: la gramática  
la va descubriendo el  
niño en lo que lee y oye,  
y esa es la única que le  
sirve. -¿Y si tú te esforzaras,  
y pudieras enseñar francés  
como te lo enseñé yo a ti,  
traduciendo de libros  
naturales y agradables? -Si  
yo estuviera donde tú no  
me pudieras ver, o donde

ya fuera imposible la vuelta,  
sería orgullo grande el mío,  
y alegría grande, si te viera  
desde allí, sentada, con tu  
cabecita de luz, entre las  
niñas que irían así  
saliendo de tu alma, -sentada,  
libre del mundo, en el  
trabajo independiente.  
-Ensayense en verano: empiecen  
en invierno. Pasa, callada,  
por entre la gente vanidosa.  
Tu alma es tu seda. Envuelve  
a tu madre, y míjala, porque  
es grande honor haber venido  
de esa mujer al mundo. Que  
cuando mires dentro de ti,  
y de lo que haces, te encuentres  
como la tierra por la  
mañana, bañada de luz.  
Siéntete limpia y ligera, como  
la luz. Deja a otras el  
mundo frívolo: tú vales  
más. Sonríe, y pasa. Y si  
no me vuelves a ver, haz como  
el chiquitín cuando el entierro  
de Frank Sorzano: pon un libro,  
-el libro que te pido, -  
sobre la sepultura. O sobre  
tu pecho, porque ahí estaré  
enterrado yo si muero donde  
no lo sepan los hombres.  
-Trabaja. Un beso. Y espérame.

Tu

Martí

Cabo Haitiano, 9 de abril, 1895.